8650

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

PIPO

ó

EL PRINCIPE DE MONTECRESTA

DRAMA CÓMICO EN DOS ACTOS

ARREGLADA DEL FRANCÉS

por

DON LUIS OLONA

CUARTA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1893

PIPO

ó

EL PRÍNCIPE DE MONTECRESTA

DRAMA COMICO EN DOS ACTOS

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON LUIS OLONA

CUARTA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES		ACTORES
LENA	Srta.	Láura García.
ARGENTINA	»	Imperial.
VIOLENTINA	»	N.
EL PRINCIPE DE MONTECRESTA	Sr.	Lombía.
PIPO	»	Caltañazor.
EL CONDE CAPRANI	»	Rodrigo.
MACARÓN	»	Hernández.
ALFREDO	»	Abad.
EL BARÓN ROCO	»	Barja.
BORDONI	»	Imperial.
LAZARONI 1.°	»	N.
IDEM 2.°	»	N.
UN PAJE	»	N.

Hombres y Mujeres del pueblo, Lazaronis, Titiriteros, Cortesanos

La acción en un pequeño principado de Italia.
Siglo XVIII.

Esta obra es propiedad de DON CARLOS OLONA Y DI FRANCO, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una plaza. A la derecha, una casa con una muestra, en la cual se lee: *Domingo Macarón, fabricante de pastas y repostero.* A la izquierda, la fachada de un edificio grande y sobre cuya puerta se lee: *Teatro de San Carlino.* Al fondo, árboles alrededor de una fuente.

ESCENA PRIMERA

ALFREDO, embozado en una capa; después, CAPRANI y ROCO. Algunos LAZARONIS, dormidos en el suelo á uno y otro lado de la plaza.

ALF. ¡Nadie! ¡El cielo proteja mis intentos! ¡Si el Conde Caprani, ese irreconciliable enemigo de mi familia, supiese que estoy aquí, que vengo á librar de su tirana ambición á este principado de Italia, donde nací; que vengo á que el Príncipe mismo conozca bien á su pérfido consejero y repare al mismo tiempo!... ¡Empresa aventurada es la mía! ¿Cómo apelar á la razón de un Príncipe á quien ocultan la verdad y á quien explotan, merced á su limitado entendimiento?... No importa: valor, confianza en mis esfuerzos y... ¡El Conde! ¡Ah, ocultémonos de su vista! (Se esconde por el fondo. El Conde Caprani y el Barón Roco entran.)

ROCO. ¡Por aquí, señor Conde, por aquí; dentro de poco no quedará en esta plaza alma viviente!

CAP. Con efecto. (Mirando á un lado y á otro.) Sólo veo algunos Lazaronis durmiendo al sol, como de costumbre. Podemos hablar sin el menor riesgo.

672541

ROCO. Decíais, pues, que Su Alteza el Príncipe tuvo hoy, al levantarse, una de esas ideas extravagantes que son tan propias en él.

CAP. Sí; pero una idea que puede, más que otra alguna, serme perjudicial en alto grado.

ROCO. ¡Qué oigo!

CAP. Figuráos que el Príncipe quiere hoy recorrer de incógnito los barrios más populares de la ciudad.

ROCO. ¡Diantre!

CAP. Enterarse del concepto que goza entre sus súbditos, de...

ROCO. ¡Malo! ¡Malo!

CAP. Pero no hay que sobresaltarse. Afortunadamente, he tomado, por precaución, nota de los parajes que Su Alteza trata de recorrer. ¡Miradla! (Le muestra un papel.) Esta plaza es uno de ellos, y .. por eso os he encargado tanto que sembréis el entusiasmo por todos los sitios ahí anotados, y que...

ROCO. No hay cuidado. Yo respondo de este particular. Sé cuán importante es que crea el Príncipe en la felicidad de sus vasallos, y que en ello está la garantía de todos los funcionarios que, como nosotros, tienden á conservar su puesto indefinidamente.

CAP. Y mal que le pese á nuestros enemigos.

ROCO. ¡Oh! pocos existen ya.

CAP. Bien sabéis, sin embargo, que antes de recurrir á los extremos, intenté todos los medios posibles de persuasión.

ROCO. Sí; pero la persuasión... Eso emplea mucho tiempo, fatiga el espíritu y se expone uno á que le prueben que yerra. ¡Nada, palo en ellos! Vos lo acertásteis, eso es lo que más conviene.

CAP. Conque, volviendo á nuestra idea, ¿os encargáis de que el entusiasmo popular?...

ROCO. ¿Llegue á las nubes?

CAP. No escaseéis nada. Dad dinero á los pobres, prodigad el vino á los holgazanes, convidad á todo el mundo á las fondas, á los cafés...

ROCO. Descuidad. Siempre que luégo aprobéis las cuentas que os presente...

CAP. ¡Por supuesto!

ROCO. Entonces hoy será Su Alteza el Príncipe más festejado, y vos el consejero más popular de toda Italia. Voy á poner por obra nuestro proyecto. (Acercándose á un Lazaroni.) ¡Eh! ¡Buen amigo! ¡Arriba! ¡Te necesito!

LAZ. 1.º (Desperezando.) ¡Hum! ¿Para qué? ¿Para llevar algún cofre? Gracias. Hace tres días que trabajé y estoy cansado. Quiero dormir. Buscad á otro.

CAP. ¿Háse visto pereza igual?

ROCO. Veamos éste. (Al segundo Lazaroni.) ¡Tú! ¡Despierta!

LAZ. 2.º ¡Eh! ¿Qué?

ROCO. Ven conmigo.

LAZ. 2.º Hoy tengo para comer. Volved mañana.

CAP. ¡Voto á!... Esos perillanes son más felices de lo que yo creía. ¡Pensar que disfrutan del sol tan á gusto!...

ROCO. Creo que debíais establecer un impuesto sobre el calor que esos rayos les prestan. (Dirigiéndose á otros varios.) ¡Canalla! ¡Holgazanes! ¡Arriba! ¡No se os llama para trabajar, sino para convidaros á comer!

TODOS. (Levantándose muy listos.) ¡Allá vamos!

ROCO. ¿Qué tal? Seguidme. El gobierno de Su Alteza quiere hoy festejar al pueblo, quiere que se divierta, que beba cuanto se le antoje.

LAZS. ¡Viva!

ROCO. ¡Hola! (A la puerta de Macarón.) ¡Maese Macarón!

LAZS. ¡Maese Macarón!

ESCENA II

DICHOS; MACARÓN y algunas MUJERES, atraviesan el foro.

ROCO. ¡Venid también vosotras! ¡Aquí todo el mundo!

MAC. ¿Qué es esto? Tanta gente...

ROCO. ¡Dadles de comer y de beber á todos!

MAC. ¿A todos?

TODOS. Sí, sí.

ROCO. ¡Cuanto quieran! ¡Dadles también ese famoso plato de pastas que habéis inventado y que lleva vuestro nombre! ¡Yo pago!

MAC. ¡Está bien, señor Barón!

ROCO. ¡Adentro, hijos míos, y viva Su Alteza el Príncipe, vuestro amo!

TODOS. ¡Viva!

ROCO. (Acercándose á Caprani, que ha permanecido á un lado del teatro.) ¡Antes de una hora va á adoraros toda esa gente!

CAP. ¡Bravo, Barón! ¡Yo corro al lado del Príncipe. No tardéis en reuniros á nosotros.

ROCO. Contad con mi exactitud. (Se va cada uno por su lado.)

MAC. ¡Cayetano! (Mirando hacia adentro y en voz alta.) ¡Pon la mesa grande! ¡Que enciendan tres hornillas! ¡Que caldeen bien el horno! ¡Oh, cómo voy á llenarme de dinero! ¡Apenas bastará la comida que tengo en casa! ¡Y Vertuchi que no me ha traido hoy liebres para el relleno! Si la vecina se descuidara con el gato...

ESCENA III

DICHOS, BORDONI, VIOLENTINA, ARGENTINA y algunos TITIRITEROS; después, PIPO

BORD. ¡Digo que no! ¡Déjenme ustedes en paz!

ARG. ¡Pero nosotros no tenemos la culpa!

BORD. ¡Ni yo tampoco!

TODOS. ¡Sí, sí! (Rodeándole.)

MAC. (Aparte, desde su puerta.) Hé ahí la compañía de titiriteros ambulantes del teatro de San Carlino. ¡Malos parroquianos! Los pobres no tienen público y... Gana tendría de fiarles... si no fuera porque luégo se me marchan. Arreglemos estas mesas...

BORD. ¡Ya lo ven ustedes. ¡Las pérdidas son espantosas! Por lo demás, pronto les ajustaré las cuentas. Quien de cero paga cero, debe cero. ¡Ya están las cuentas hechas!

TODOS. ¡No, no, no!

BORD. ¿Pero viene, por ventura, alguien á las funciones?

¿No ven ustedes que el pueblo no acude á ninguna?

MAC. Es que está muy sobrecargado con los impuestos establecidos por el nuevo consejero, señor Bordoni.

BORD. ¡Cargue el diablo con!...

TODOS. (Imponiendo silencio con miedo.) ¡Chist!

BORD. ¡Dios le llene de felicidades! (¡Y de diviesos!)

ARG. Y aunque el país fuera lo más rico del mundo, ¿qué ganaríamos? Lo que llama en Italia la concurrencia á los teatros son los titiriteros encargados de los papeles de *pulcinellas,* y el que tenemos en nuestra compañía es tan torpe y tan necio, que basta por sí solo para hacer huir á la gente.

TODOS. ¡Sí, sí!

VIOL. Y eso, que como es costumbre, tienen carta blanca y se les permite decir en la escena todo lo que se les ocurra.

MAC. Privilegio antiquísimo que ha quedado al pueblo italiano, y único que conserva de sus antiguas franquicias. «*Pulcinella* dice la verdad riendo.» Como que estas palabras están escritas en el telón de boca. (Pipo aparece en la puerta del teatro, y escucha.)

BORD. Y allí se pueden estar; porque nuestro gracioso no tiene en la suya más qne sandeces. Ni un chiste, ni un epigrama... ¡Vamos, parece mentira!...

VIOL. Y luégo una facha tan ridícula... (Pipo se mira el talle, etcétera.)

ARG. Unas piernas tan torcidas... (Pipo adelanta una pierna, y la examina.)

VIOL. Una naríz tan fea... (El mismo juego.)

ARG. Tan cargado de espaldas... (Pipo intenta mirarse la espalda: da una cabriola, y viene á caer en medio de los actores.)

TODOS. ¡Ah!

PIPO. Muchas gracias por sus buenas ausencias.

BORD. ¿Sí? Pues me alegro que nos hayas oído.

PIPO. ¿Y qué más?

BORD. ¿Cómo y qué más? ¿Quieres que te lo repita? Eres un imbécil.

PIPO. Y vos otro. ¿Qué más?

BORD. ¿Yo otro?

PIPO. Y éste otro, y ésta, y ésa, y...

BORD. ¿Cómo?

PIPO. ¿Conque ya estamos acordes?

BORD. Aun suponiendo que todos careciésemos de talento...

TODOS. Señor Bordoni...

BORD. Lo cual no es de suponer.

PIPO. Sí, suponedlo.

BORD. ¿Tenemos por ventura el derecho que tú tienes para improvisar chistes, para conquistar las simpatías del público?

PIPO. ¿Y qué demonios queréis que haga? ¿No hablo bien del Príncipe? ¿De sus ministros? ¿De su gobierno? ¿De sus cortesanos? ¿Tengo yo la culpa de que esto no los llame al teatro? (Conmovido.) ¿Puedo hacer más qve echar por esta boca lo que se me ocurre? ¡Yo hago lo que sé! ¡Yo digo lo que sé...! ¡Ello será malo, será estúpido, pero más estúpido sois vos, y ninguno os echa la culpa de nada!

BORD. ¡Insolente!

VIOL. ¡Y en tanto nos arruínas!

PIPO. Mientes. Y si yo fuera menos malo de lo que soy, tendríais vosotros menos dinero.

TODOS. ¡Calle!

PIPO. Sí, lo dicho. ¡Cómo me silba el público! Vamos á ver. ¿No me muestra su desagrado tirándome cuartos, á la escena?

BORD. ¡Justo!

PIPO. Pues ahí me las den todas. ¿Y esos cuartos no los parto con vosotros? Mirad. De anoche. ¡Anoche me gritaron en gordo!

BORD. ¡Esto es (Tomando un saco de manos de Pipo.) humillante!

PIPO. (Va á quitárselo.) Sí, pues venga.

BORD. Quiero decir, en tus manos.

PIPO. Ya, pero no en vuestra bolsa. Devolvedme ese dinero, señor Bordoni.

BORD. ¡Este dinero! ¡Este producto de tu ignominia!

PIPO. Sí, señor; quiero almorzar con el producto de mi ignominia.

BORD. ¡Desgraciado! ¡No lo digas!

PIPO. ¡Dichoso! me da la gana.

BORD. Señor Pipo, estáis despedido de la compañía.

PIPO. Señor Bordoni, me importa un comino.

BORD. Pero como hay dispuesta función para mañana, tendréis que hacerla y que venir ahora mismo á ensayar.

PIPO. ¿Ensayar? ¿Y para qué? yo sé que de seguro han de tirarme cuartos, conque...

BORD. Os esperamos.

VIOL. Os esperamos.

PIPO. Os esperamos. (Mirándolos.) Pues no voy. ¡Ea! Para ser un jumento como dicen, no se necesita estudiar. El estudio me cansa, me fastidia, me... (Cruza Lena,) ¡Ay! esta sí que no me fastidia. ¡Chist! (Suspira.) ¡Ay! ¡Pss! (Suspira.) ¡Ay!

LENA. (Volviéndose.) ¿Qué?

ESCENA IV

PIPO; LENA, con un cestillo con flores.

PIPO. (Entusiasmado.) Que hace días estoy por vos hecho un cohete y un...

LENA. ¡Ay! (Se separa.)

MAC. ¡Uf! (Entra. Pipo con su entusiasmo, le abraza.)

PIPO. (Retrocede.) ¡San Telmo!

MAC. ¿Te has vuelto loco?

PIPO. (¡Qué horrible cambiazo!)

LENA. Poco menos. ¡Me ha estado echando unos ojos!

PIPO. ¡Ay, ojos de amor! ojos de...

MAC. ¡Sí, de besugo!

PIPO. ¿Eh?

MAC. ¿Te ha asustado ese zamacuco, hija mía?

LENA. Casi, casi.

MAC. ¡Mira, cuenta conmigo!

PIPO. ¿Con vos? ¡Calle! ¿creéis que os vaya á dar otro abrazo?

MAC. No. Pero intenta dárselo á Lena.

PIPO. ¿Que lo intente? ¡Ay, cuánto le agradezco!... (Va á dárselo.)

MAC. ¡Animal!

PIPO. Usted es mi padre, señor Macarón.

MAC. ¿Cómo?

PIPO. Sí, usted; porque amo á su hija y me lisonjeo ya con que me concederá su blanca mano.

LENA. ¿Qué oigo?

MAC. ¡A tí! ¡ella! ¡su mano!

PIPO. ¡Pues! ¡su mano! ¡ella! ¡á mí! ¿Hablo en griego? Lena, yo no tengo nada: no poseo un maravedí. Pero no importa. ¡Os lo ofrezco! ¡Aceptad! Mi amor es tan inextinguible, tan puro, tan verdadero...

MAC. ¿Pero qué diablos estás ensartando ahí?

PIPO. ¡Ensartando! ¡Ensartando! ¿Es acaso vuestra hija algún pollo puesto al horno?

LENA. Señor Pipo, yo os agradezco vuestras leales intenciones respecto de mí... Pero... (Cortesía.) no os quiero por marido.

PIPO. ¿Eh?

MAC. ¡Anda! Tómate esa.

PIPO. (Dando una cabezada á Macarón.) ¡Hum!

MAC. ¡Ay!

PIPO. ¡Me saltaría los sesos contra un guardacantón!

MAC. Y me toma por guardacantón el muy...

PIPO. (Dándole otra cabezada.) ¡Hum!

MAC. ¿Cómo se entiende?

LENA. Señor Pipo, tranquilizáos.

PIPO. No: quiero romperme la cabeza de rabia y de...

MAC. Pues aguarda, te traeré la mano del mortero.

PIPO. Me desahuciáis, ¿no es verdad? ¿Y vos sois el primero en oponeros á mis deseos?

MAC. ¡No faltaba otra cosa!

VOZ. (Dentro.) ¡Pipo!

PIPO. ¡Bien! Adiós. (Se va y vuelve.) Pero él haga que os arruinéis, que no vaya á comer nadie vuestros perversos guisotes.

VOZ. (Dentro.) ¡Pipo!

MAC. ¿Cómo es eso? mis guisos...

PIPO. ¡Que se os peguen todos los días! Que la sal se os vuel-

va pólvora, el aceite acibar, el vinagre rejalgar... y que...

VOZ. (Dentro,) ¡Pipo!

PIPO. ¡Voy!

LENA. Contenéos.

PIPO. ¡Y que les dé un cólico á cuantos comen en vuestra sucia gazapera! (Se va.)

MAC. ¡Bribón! ¡Insultar así al primer culinario de Italia!

LENA. Perdonadle. Es un pobre diablo, y en su desesperación...

PIPO. (Asomándose á la puerta y llorando.) Pero es una crueldad dar así calabazas á un hombre como yo.

MAC. ¡Calle! (Suena una campanilla dentro.)

PIPO ¡Allá voy!

LENA. Sosegáos. El tiempo os curará de esta pasión. (Campanilla.)

PIPO. No, Lena. Jamás podré olvi... (Campanilla.) Allá voy... Olvidar vuestra ima... (Campanilla.) ¡Que voy, digo! Vuestra imagen adorada... que me arrebata ese Caifás!

MAC. ¡Ah, pícaro! (Se entra Pipo y cierra.)

LENA. ¡Pobre muchacho! ¡Me da lástima su simpleza!

ESCENA V

MACARÓN y LENA

MAC. A mí no. ¡Pues es buena ocurrencia venir á pedirte por esposa así de rondón...! Aún eres muy joven. Por supuesto, que no me refiero á ese imbécil. Pero sólo cuando tu corazón sintiera inclinación hacia un hombre, yo me ocuparía de...

LENA. Si he de decir la verdad, padre mío, no me atrevería á jurar que mi corazón no siente hacia alguien...

MAC. ¡Cómo! ¿Qué me cuentas? ¿Hay amante en campaña?

LENA. Amante, no lo sé; pero...

MAC. Habla, no tengas reparo.

LENA. Hace algunos días que cuando por la mañana salgo á esta plaza á vender mis flores, un joven viene á pasar algunos instantes en mi compañía.

MAC. ¿Un joven?

LENA. Al principio me miraba inmóvil, desde aquella esquina, y yo hacía como que no reparaba en él, atisbando á hurtadillas todos sus movimientos. Pero de pocos días á esta parte, ha roto el silencio, y me ha hecho acerca de vos y de mi nacimiento una infinidad de preguntas, á las cuales apenas he sabido responder.

MAC. ¿Es posible?

LENA. Ayer, por último, quiso comprarme flores, y yo iba, lo confieso, á dárselas más baratas que á nadie... Pero... ¿lo creeréis? me puso en la mano una moneda de oro.

MAC. Venga.

LENA. Yo quise devolvérsela.

MAC. ¡Tonta!

LENA. Mas no lo hube intentado, cuando le perdí de vista.

MAC. Me vuelves la alegría, y sólo falta que me...

LENA. Tomad. (Le da una moneda de oro.)

MAC. Eso. Ya no falta nada.

LENA. ¿Quién será?

MAC. Dices bien. ¿Quién será? ¿Conque te ha interrogado acerca de tu nacimiento?

LENA. Muchísimas veces: tantas, que al fin he recordado que en cierto tiempo vos mismo me habíais hecho presentir... Cabal. Y á mi vez quise interrogarle yo.

MAC. ¿Sí? ¿Y qué?

LENA. Nada. Por más que le preguntaba; por más que...

MAC. ¡No despegó sus labios!

LENA. Me estrechó fuertemente la mano, y se fué, dejándome confusa y triste.

MAC. ¡Pobre Lena! ¡Yo también he retrocedido siempre ante una revelación como esa! ¡Qué quieres, la costumbre de amarte como un!...

LENA. ¡Cielos! ¿Qué decís?

MAC. Digo, que yo no soy tu padre.

LENA. ¡Dios mío! ¡Vos no sois mi!...

MAC. Más claro, tú no eres mi hija.

LENA. ¡Qué escucho!

ESCENA VI

DICHOS; ALFREDO, en el fondo.

ALF. (¡Ella es! ¡Y precisamente con el hombre que me habían indicado!)

LENA. Pues entonces, hablad, hablad: ¿cuál es mi familia?

MAC. ¡Tu familia!... ¡Tu familia hasta ahora es todo el género humano!

LENA. ¡Cómo!

MAC. Sí; no se conoce otro pariente tuyo que nuestro padre Adán, y.. lo demás está cubierto con un velo muy espeso; pero muy espeso, ¿me entiendes?

LENA. Ni pizca.

MAC. Pues lo propio me sucede á mí. Tu nacimiento, hija mía, es una especie de empanada, cuyo relleno no se ha descubierto todavía.

LENA. ¡Vaya una salida! ¡Cuando me ve usted presa de la más viva inquietud!...

MAC. Me explicaré, mujer; me explicaré. Todo lo que yo puedo decirte... porque no sé más, es que te encontré una noche...

ALF. (Adelantándose.) En el extremo de la calle de San Francisco, cerca de la plaza del nuevo teatro, y á dos pasos de vuestra primitiva fonda.

MAC. ¿Eh?... con efecto... allí... ¿de dónde ha salido este hombre?

LENA. ¡Cielos! ¡El joven de que os hablé hace poco!

ALF. ¡Que mi presencia no os impida continuar vuestra historia, maese Macarón!

MAC. Al contrario, señor mío. No diré una palabra sin saber antes cómo es que vos...

ALF. Entonces yo la contaré.

LENA. ¡Calle!

MAC. ¡Estoy en Babia!

ALF. La persona que depositó á la niña junto á vuestra puerta, conocía la generosidad de vuestro corazón. Por

eso os eligió á vos, al tomar un partido tan desesperado, y conociendo que llegaba su última hora. En una palabra, esa persona fué su misma madre.

LENA. ¡Mi madre!

MAC. ¡Lo sabe todo!

ALF. Con la niña os envió varios papeles, y entre ellos una carta, firmada por ella, en la que os rogaba la hiciéseis llegar á manos de un caballero... cuyo verdadero nombre ella ignoraba, y cuyo paradero no os ha sido posible hasta ahora averiguar.

MAC. ¡Con efecto! ¡Ah! ¡Seríais vos el!...

ALF. No.

MAC. Pues entonces será otro.

ALF. Justamente.

MAC. ¿Pero cómo estáis tan al pormenor de lo pasado?

ALF. Lo pasado no es la única cosa que conozco. También puedo predeciros lo porvenir.

LENA. ¡Lo porvenir!

MAC. ¡Vos!

ALF. Yo, Lena. Muy pronto encontraréis á vuestro padre. Dentro de poco vais á poseer asimismo una gran fortuna. Vais á hacer la dicha de un esposo y... la de dos ó tres tiernos hijos.

LENA. (¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué cosas me dice!)

MAC. ¡Cómo! ¡Caballero!

ALF. Vos, maese Macarón, dejaréis á vuestros descendientes una de las más famosas glorias de la repostería: vuestras pastas llegarán á ser un plato casi indispensable á todos los estómagos de Italia, y hará pasar vuestro nombre á la posteridad más remota.

MAC. ¡Yo estoy fuera de mí! Joven, joven... Quiero creer en vuestras predicciones... Pero debo advertiros que por muy cara que la gloria me sea, no es menos interesante para mí la felicidad de Lena. Y lo que acabáis de decirnos... Hablad, explicáos más claramente. ¿Qué hay que hacer para ver dichosa á esta pobre niña?

ALF. Que tengáis en mí bastante confianza para depositar en mis manos los papeles ya referidos, y que dejéis lo

demás á mi cuidado, sin preguntarme ni desear saber más.

MAC. Pero... tales papeles... ¿Qué dices tú á eso, hija mía?

LENA. Que se los deis. El corazón me anuncia que este joven va á ser mi ángel tutelar.

MAC. Enhorabuena. Todo lo que puede suceder es que tu padre no parezca, y en tal caso no tenemos que hacer otra cosa que seguir queriéndonos como hasta aquí. ¿No es cierto?

LENA. Sí, padre mío. De todos modos, yo nunca dejaré de daros este nombre.

MAC. Caballero... vengan esos cinco. Confío en vuestra lealtad.

ALF. Mis acciones responderán, como es debido, á vuestra confianza.

MAC. Así lo espero. Seguidme ahora á casa, y os entregaré...

ALF. ¡Marchemos! Hasta luégo, Lena: no olvidéis mis predicciones... (Bajo.) (Y pensad un poco en mí.)

LENA. Os prometo no olvidar nada de cuanto me habéis dicho.

MAC. Vamos.

ALF. Adiós. (Entra en la fonda con Macarón.)

LENA. Adiós.

ESCENA VII

LENA; después, EL PRÍNCIPE y CAPRANI

LENA. ¿Quién será este joven misterioso que sabe el secreto de mi vida, que me conoce, y á quien yo sin embargo, no he visto hasta hace pocos días? Y esas predicciones que me ha hecho... Rica, felíz, madre de familia. ¡Ay! ¡qué bueno debe ser todo esto! Sí; pero hasta tanto, es preciso continuar haciendo ramos, vendiendo flores, porque... lo cierto es, que aún no soy más que Lena la Florera, como me llaman por ahí... (El Príncipe y Caprani entran.)

CAP. Príncipe, os recomiendo la mayor circunspección.

PRINC. Claro está: como que voy de incógnito, y cuando uno va de incógnito... ¿qué...? concluid vos.

CAP. Debe tener suma prudencia.

PRINC. Cabal. Me lo habéis quitado de la boca. Todo me lo quitáis, señor Conde.

CAP. ¡Señor!

PRINC. Lo mismo intentásteis hacer con la idea que se me ha ocurrido de visitar la ciudad, sin que mis vasallos me conozcan. Pero yo he leído la historia de Pedro el Grande, y sé que hacía esto mismo, y quiero imitarle. Un polvo. (Caprani le presenta una caja: el Príncipe toma un polvo.) ¿Qué calle es esa?

CAP. La de San Francisco, señor.

PRINC. ¿Donde estaba el teatro hace dieciocho años?

CAP. Precisamente.

PRINC. ¡Ay!

CAP. ¿Suspira vuestra Alteza?

PRINC. ¿Yo?

CAP. Comprendo aquellos recuerdos.

PRINC. Chito. Vos sois uno de los que me aconsejaron el cruel abandono de... Otro polvo. (Caprani se lo da.) Hoy tengo muy mal humor, Conde. ¿Creeréis que, buscando en qué distraerme esta mañana, se me ocurrió la idea de hacer ahorcar á alguien?

CAP. Lo apruebo, con tal que recáiga en alguno de vuestros antiguos enemigos.

PRINC. Yo había pensado en vos...

CAP. ¿Eh?

PRINC. Para que me procuráseis otra diversión más honesta, y por último adopté el pensamiento de disfrazarme y recorrer... Quiero ver si mis súbditos están contentos con vuestro gobierno. Vos, que habéis desterrado y perseguido á todos mis anteriores ministros, so pretexto de que gobernaban mal...

CAP. Señor, mi celo por el bien de vuestra Alteza...

PRINC. Pues cuenta que si me engañáis, os mando cortar el pescuezo. Yo soy así... muy diplomático en ciertas ocasiones. Ea, continuemos nuestra... decidlo.

CAP. Excursión.

PRINC. Eso es. Marchemos.

LENA. (A los dos.) ¿No quieren sus señorías comprar alguno de estos preciosos ramos? ¡Miren qué flores tan lozanas!

PRINC. ¡Cáspita, y qué muchacha tan linda!

LENA. Sois muy galante, caballero.

PRINC. (¿Caballero? ¡Me llama caballero la muy tontuela!) ¡Si yo no soy caballero! Soy...

CAP. (Baj.o) Señor, ¿y el incógnito?

PRINC. (¡Ah! ¡es verdad!) Dime, niña, ¿tú sabes... sabes tú lo que se piensa en la ciudad acerca del Príncipe?

LENA. ¿Sois forastero acaso?

PRINC. Sí, de... de...

CAP. De Nápoles. (¡Diablo! ¡Si esta chica dice lo primero que se la ocurre!)

LENA. ¿Conque preguntáis qué concepto se tiene aquí...?

PRINC. Pues: del Príncipe, de sus cualidades, de su persona...

LENA. De su persona... dicen que es muy feo.

PRINC. ¿Feo? (Aparte al Conde.) (¡Traidor! ¿Así gobiernas mis Estados?)

CAP. ¡Voto á...!

PRINC. ¿Conque feo? ¿Conque yo...? (Por poco me descubro.)

CAP. (¿Y vuestra Alteza hace caso de esa muchacha?)

PRINC. (Tienes razón. ¡Qué sabe ella!) Acércate, niña. ¿Cómo te llamas?

LENA. Lena.

PRINC. ¿Y tu familia?

LENA. No la conozco, señor. Sólo tengo un padre adoptivo, dueño de esta fonda, el señor Macarón, fabricante de pastas.

PRINC. ¡Macarón! ¡Ya! El inventor de esa pasta suculenta de que tanto he oído hablar... Un polvo.

CAP. (Se lo da.) (¡Cielos!... ¡Macarón!... ¡Esta niña!...)

PRINC. Y que, por más señas, no han puesto aún ningún día en mi mesa.

LENA. ¿Es posible?

PRINC. (Conde, para saber si mis súbditos son dichosos, necesito probar ese plato.)

CAP. (¡Cómo, señor! ¡Vuestra Alteza entrar ahí!) (Sale Alfredo sin ser visto, y se va al fondo á observar.)

PRINC. (Sí.)

CAP. Pero...

PRINC. (Más alto.) Sí.

CAP. (Me someto á su voluntad.)

PRINC. Bella joven, ¿podrías guiarnos allá dentro?

LENA. Con mucho gusto. Venid, señores.

PRINC. ¡Es encantadora! Compradle todas las flores.

CAP. Está bien. (¡Oh! Si mi puesto no tuviese tantas ventajas en cambio de estos momentos insoportables...)

ESCENA VIII

DICHOS y PIPO

PIPO. (Saliendo del teatro.) Pues, señor, no hay remedio: me despiden de la compañía.

PRINC. (A Lena.) ¿Vamos?

LENA. Vamos. (Entran en la fonda.)

CAP. (Pensativo.) (¡Es ella! ¡sí, no hay duda! Macarón el fondista... ¡Oh! El Barón Roco tenía razón al decirme que sospechaba...)

PIPO. ¿Y qué voy á hacer para ganarme la vida? ¡Jé! Caballero, ¿queréis comprar billetes para el teatro, más baratos que se venden en el despacho?

CAP. ¿Billetes? No, por cierto. El *pulcinella* de esa compañía es muy malo.

PIPO. (Gracias.) Yo os diré... En cuanto á eso... bastante malo no negaré que sea. Pero muy malo... (Está visto: tengo que tomar otro oficio.) Decidme, caballero: ¿necesitáis un ayuda de cámara?

CAP. ¿Eh? No.

PIPO. ¿Y un barbero?

CAP. Tampoco. Dejadme en paz.

PIPO. ¿Y un aguador?

CAP. ¡Dale!

PIPO. ¿Y un pinche de cocina?

CAP. ¡Necio!

PIPO. Aquí estoy yo.

CAP. ¿Te burlas, miserable? ¡Márchate, ó vive el cielo...!

PIPO. ¡Caballero... si mañana han sacado un cadáver á la orilla del río, no preguntéis quién es! ¡Allí me encontraréis á vuestra disposición!

CAP. ¿Eh? ¿Que dices?

PIPO. Que me voy á tirar ahora mismo de cabeza.

CAP. ¿Tú?

PIPO. Sí, yo. No tengo que comer, no tengo quien acepte mis servicios. No sirvo en el mundo para nada. Y voy á ver si los peces me quieren al menos para algo.

CAP. (¡Oh, qué idea!) Escucha.

PIPO. No.

CAP. Escucha, majadero.

PIPO. (Más alto, y conmovido.) No.

CAP. Pero, oye.

PIPO. No.

CAP. Pues vete á tirar al río, ya que rehusas mis ofertas.

PIPO. ¿Eh? ¿Vos me ofrecéis...?

CAP. Dinero, protección... si eres hombre capáz...

PIPO. De todo. Por vos bailaré de cabeza, daré saltos hasta el cielo. (Salta.) ¡Así, así y asi!

CAP. ¡Basta, basta! Y responde á mis preguntas. ¿Eres de este pueblo?

PIPO. Sí, señor.

CAP. ¿Conoces á Macarón, el fondista?

PIPO. ¿A ese judío?

CAP. ¿Le conoces?

PIPO. Sí.

CAP. Tiene en su compañía una joven llamada Lena.

PIPO. ¿Eh? (Suspira.) ¡Aaay!

CAP. Responde. ¿Sabes tú si es hija suya?

PIPO. ¡Toma! preguntádselo á él.

CAP. Él no me lo diría.

PIPO. ¿No? Pues preguntádselo á su madre.

CAP. ¡Su madre, su madre! Su madre ha muerto.

PIPO. ¿Ha muerto? Entonces, no lo dirá tampoco..

CAP. Y, sin embargo, es fuerza averiguar el secreto que envuelve el nacimiento de Lena.

PIPO. ¿Cómo?

CAP. Te mando, pues... sonsacar al fondista. Darle por seguro que tú sabes que no es hija suya.

PIPO. (Alto.) No es hija su...

CAP. ¡Chist!

PIPO. (Muy bajo.) (No es hija su...)

CAP. Y ofrécele quinientos luises, si no confiesa la verdad.

PIPO. ¡Ya! Conque le ofrezco quinientos luises... Me va á dar un puntapié. ¡Si sabe que yo no tengo un cuarto!

CAP. (Con ira.) Se los ofrecerás.

PIPO. Bueno; se los ofreceré.

CAP. Y en el caso que acceda...

PIPO. No se los doy. ¡Claro! ¡Si no tengo!

CAP. ¿Callarás? En el caso que acceda, lo conduces para recibir dicha suma á mi casa. De todos modos, allí te aguardo esta noche.

PIPO. Corriente. (¡Qué diablos de embrollo!)

CAP. Cuenta conque á nadie digas...

PIPO. ¡Cá! (Como si no supiera una palabra.)

CAP. En ello va tu cabeza.

PIPO. (Llevándose, asustado, la mano al cuello.) ¡Ay!

CAP. ¡Adiós!

PIPO. Pero, señor, ¿cómo he de ir á buscaros, si no sé dónde vivís?

CAP. Vivo... en palacio.

PIPO. Serenisimo señor...

CAP. Y soy... el Conde Caprani, ministro del Príncipe.

PIPO. ¡Uf! Eminentísimo, excelentísimo, ilustrísimo...

CAP. ¡Chist!

PIPO. Augustísimo...

CAP. (Se va.) ¡Chito, ó ay de tu cabeza!

PIPO. (Pausa.) ¡Qué bárbaro es su excelencia! ¿Pero qué me importa? Va á protegerme, á... Y todo, ¿por qué? Porque me informe de si Lena es ó no hija del señor Macarón. Pero, ¡tate! aquí hay gato encerrado. ¿Será cosa que este basilisco esté enamorado de ella, y sea yo su...? ¡Cáspita! Y á todo esto, no me ha dado un maravedí. Su protección no empieza, según creo, hasta

la noche, y, por consiguiente, hasta la noche no como. ¡Justo! y si no le llevo al fondista, es probable que ni esta noche coma tampoco. De suerte que, sírvale bien ó no...

ALF. (Apareciendo.) ¡Acabará por cortarte la cabeza!

PIPO. ¡San Críspulo!

ALF. ¿Ignoras, infelíz, que así premia el Conde á los que le sirven?

PIPO. ¿Sí? Pues se le puede hacer un favor, por lo agradecido.

ALF. ¿Ignoras que trata de apoderarse de Lena?

PIPO. ¿No lo dije? Y me elige á mí por su...

ALF. Lo has comprendido.

PIPO. ¡Eso, lo veremos!

ALF. El Conde trata de sacrificarla á su ambición.

PIPO. ¿A su ambición? ¡Vaya unas ambiciones que le dan á su excelencia!

ALF. ¡Y tú serás su cómplice!

PIPO. ¿Yo? Que me empalen, que me frían, que me atenacen, primero que... ¿Pero quién sois vos, que os entrometéis de ese modo...?

ALF. ¡Tu protector, tu amigo!

PIPO. (¡Calle, también éste! Hoy todos me quieren proteger, pero ninguno me da un cuarto.)

ALF. (Le da un bolsillo.) Toma.

PIPO. (De rodillas.) ¡Adorámuste!

ALF. Y no será éste el único.

PIPO. ¡Glorificámuste!

ALF. Levanta.

PIPO. Ya estoy.

ALF. Escucha: ¿tú eres desgraciado?

PIPO. Sí, señor.

ALF. ¿Pobre?

PIPO. Sí, señor.

ALF. ¿Muy mal titiritero?

PIPO. Sí, señor. No niego que los haya mejores. Pero en cuanto á peores, desafío...

ALF. Esto te desespera, te sume en la desesperación.

PIPO. ¡Sí: y me resume!

ALF. Bien.

PIPO. ¿Bien?

ALF. Si me juras obedecerme en todo, no hacer lo que el ministro te ha mandado, y ser mi servidor más sumiso, prometo hacerte... rico.

PIPO. ¿Rico? (Es un banquero disfrazado.)

ALF. Célebre.

PIPO. Céle... (No: es un periodista.)

ALF. Hombre de talento y de chispa.

PIPO. ¿De chispa? (¿Si será tabernero?) Pero, señor, yo talento, cuando...

ALF. Lo tendrás.

PIPO. (Entonces, es el diablo en persona.)

ALF. ¿Te convienen mis proposiciones?

PIPO. ¡Que si me convienen...! ¡Me pasman, me llenan de...! ¿Queréis que por vos me tire á un pozo, que le rompa al ministro las narices de un puñetazo, que...?

ALF. Nada de eso. Lo que quiero es... Tus compañeros vienen. Escúchame, ¡y te instruiré... (Lo lleva á un lado.)

PIPO. Va á instruirme... (Pues es maestro de escuela.)

ESCENA IX

DICHOS; BORDONI, VIOLENTINA, ARGENTINA y TITIRITEROS

BORD. Ni un solo billete se ha vendido para esta noche.

ARG. ¡Qué va á ser de nosotros!

PIPO. ¡Cielos! ¿es posible? (A Alfredo.) ¡Qué idea tan maravillosa!

ARG. En fin, decidid algo, señor Bordoni.

BORD. Decidir, decidir... Decido que no se haga la función...

PIPO. (Adelantándose á ellos.) ¿Quién habla de no hacer la función?

BORD. Yo.

PIPO. ¿Vos? ¡Y qué sabéis vos, pobre hombre! ¡Compañeros, la función se hará!

BORD. ¡Calle! Pues no hay duda que, con tu mérito, nos podemos prometer...

PIPO. (Mostrando el bolsillo.) Yo tengo mis rezones, yo tengo mis razones.

TODOS. (Se abalanzan á él.) ¡Cielos!

PIPO. ¡Jé! poco á poco. Aquí hay oro.

TODOS. ¡Oro!

PIPO. Del que todos disfrutaréis. Seguidme: vamos á comer lo primero, y después á dar la función de costumbre.

BORD. Tiene razón. ¡Qué talento ha descubierto este chico!

PIPO. Sí, lo he descubierto. (Enseñando el bolsillo.) Pero me lo he vuelto á meter en el bolsillo, (Guardándoselo.) para que no me lo atrapéis. ¡Conque, venid, amigos míos! Seguidme. (Se van por el fondo.)

ALF. ¡El Príncipe! (Mirando hacia la fonda y ocultándose.)

ESCENA X

ALFREDO, EL PRÍNCIPE, CAPRANI, LENA, ROCO, MACARÓN, LAZARONIS y MUJERES del pueblo.

CAP. ¡Barón Roco!

ROCO. Hablad.

CAP. Vuestras sospechas eran fundadas. Esa joven... Ya he mandado tomar informes acerca de ella, y si fuese la que nos presumimos... ¿Entendéis?... Es preciso que á toda costa desaparezca para siempre.

ROCO. (Sale el Príncipe seguido de los demás.) ¡Su Alteza!

PRINC. ¡Conde, Conde! ¡Estas pastas son exquisitas! ¡Casi temo que me dé una indigestión! Pero estoy muy contento. He oído vitorear mi nombre á estas buenas gentes, que se hallan tan ajenas de creer que su Príncipe les escuchaba...

ROCO. (Aparte á Caprani.) ¿Véis cómo he manejado bien la farsa?

PRINC. Bien: ¡gobernáis bien mi pueblo! Maese Macarón... ¡vuestra repostería es admirable! ¡Mañana vendréis á palacio!

MAC. ¡A palacio!

PRINC. Os agrego á mi boca.

MAC. A vuestra... ¿pero quién sois, caballero?

CAP. Señor, pruden...

PRINC. ¡Chito! Soy vuestro Príncipe.

TODOS. ¡El Príncipe!

MAC. ¡Viva!

TODOS. ¡Viva!

PRINC. ¡Gracias, gracias! (Dirigiéndose al Conde.) ¡No hay duda, esta gente me adora!

MAC. (Á Lena.) ¿Lo ves, hija mía? ¡Ya empieza á cumplirse la profecía del desconocido!

PRINC. Conde Caprani, dentro de tres meses seréis duque. (Se vuelve á Macarón.)

CAP. ¡Señor!... Barón Roco, dentro de dos meses seréis conde.

ROCO. ¡Tanta bondad!

ALF. (Embozado y apareciendo en medio de los dos.) Señores, dentro de un mes seréis ahorcados.

CAP. (Mirándole.) ¡Ah!

PRINC. ¡Marchemos!

TODOS. ¡Viva su Alteza! ¡Viva!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala en el palacio del Príncipe. A la derecha, una puerta que da á una galería; á la izquierda, otra puerta. Al fondo, la entrada principal.

ESCENA PRIMERA

MACARÓN y LENA

MAC. Y bien, Lena, ¿qué me dices de mi traje, eh? ¡Qué casaca! ¡Qué chorreras estas! Me parece que tengo toda la dignidad propia del jefe de cocina de un Príncipe. ¡Como que hace poco, mirándome á un espejo, me tomé por el Príncipe mismo!

LENA. ¿Pues y mi vestido? ¡Mirad, mirad qué bonito es! Todas las doncellas de la princesa, mis nuevas compañeras, me han cobrado una envidia...

MAC. (Pasándose.) ¡Repara qué aire tan majestuoso!...

LENA. (Ídem.) ¡Ved qué talle tan elegante!

MAC. ¡Y pensar que todo se lo debo á mis pastas, á mis empanadas!

LENA. ¡Cuán dichosos hemos llegado á ser!

MAC. ¡Y tú, sin embargo, estás triste, pensativa, en más de una ocasión!

LENA. ¡Qué queréis!... Cuando una ama...

MAC. ¡Cuando una ama!... Enhorabuena. Pero, ¿á quién? Porque, en fin, tú debes saberlo, cuando por eso suspiras...

LENA. ¿No os lo he confesado ya?

MAC. Sí; hace dos semanas me aseguraste que amabas á aquel joven que un día nos profetizó, á tí que encontrarías muy pronto á tu familia, y á mí que llegaría á ser un grande hombre.

LENA. ¡Oh, qué joven tan noble y tan bueno!

MAC. Ciertamente. Pero, sin embargo, de la noche á la mañana cambias de ideas acerca de su amor.

LENA. Sí, no lo niego.

MAC. ¿Y por qué? Veamos. ¡Oh mujeriles caprichos! Porque la semana pasada te llevé al teatro de San Carlino á ver trabajar á Pipo, nuestro antiguo conocido, que yo no sé cómo ni por dónde obtiene ahora unos triunfos ruidosos, asombrosos, haciendo las *pulcinellas*, en que antes le silbaban horrorosamente.

LENA. Pues bien, es verdad. Estoy enamorada de él. Su aire, sus maneras, son tan agradables, muestra tanto talento y tanta gracia en sus papeles, que, sin saber cómo, me he dejado arrastrar del general entusiasmo, y aplaudiéndolo como todo el mundo, he acabado por pensar en él á todas horas.

MAC. Pero ese necio de Pipo, ¿en dónde diablos ha adquirido su talento? ¡Yo me vuelvo loco! Es una chispa eléctrica cuando aparece en la escena. ¡Critica mordazmente á las mujeres, hace rabiar y reir á los maridos, humilla á la nobleza, asusta al clero... ¡Chist! Basta. Su Alteza viene.

ESCENA II

DICHOS, EL PRÍNCIPE, CAPRANI, ROCO y CORTESANOS

PRINC. Ya he dicho que quiero que todo el mundo se divierta. ¡Calle! ¿Eres tú, Macarón? (Éste se inclina.) Acércate, genio inmortal, acércate á recibir mis incesantes elogios.

MAC. Señor, la recompensa más grata para mí, es únicamente la de merecer el aprecio del estómago de Vuestra Alteza.

PRINC. Mi estómago conoce tu talento, y está contento de tí.

LENA. ¿Me permitirá Vuestra Alteza aprovechar esta ocasión, para manifestarle mi gratitud por la bondad que ha tenido de darme una plaza de doncella de la señora princesa?

PRINC. No ha sido bondad, sino justicia, encantadora Lena, ¿verdad? (A los Cortesanos, que se inclinan.) Primeramente, por el interés que profeso á vuestro padre adoptivo; y luégo, por esas gracias que os adornan, y que me recuerdan...

LENA. ¿Qué?

PRINC. Las mías. Cuando yo tenía vuestra edad era un querubín. Dicen que me parecía á Cupido, ¿verdad? (A los Cortesanos, que se inclinan.) Elogiaban por doquiera mis ojitos azules, mis tiernos mofletes... ¡Ay, yo era muy hermoso cuando niño!

CAP. Lo cual se conoce aún en vuestra fisonomía.

PRINC. Vos sois también un grande hombre, Conde Caprani. Y puesto que hoy se celebran los días de San Silvestre, mi patrón, nos dignaremos mostrarnos á los ojos de nuestros vasallos.

ROCO. ¡Que son tan felices bajo el reinado de Vuestra Alteza! ¡Oh! yo no soy cortesano, detesto la adulación; pero diré la verdad, afirmando que Vuestra Alteza es un Príncipe justo, benévolo, un gran Príncipe, en fin.

PRINC. ¡Gracias, Barón: vos sois el tercer grande hombre de mis Estados. Por lo demás, he querido que con motivo de esta fiesta, todos mis vasallos, sin distinción, puedan asistir al espectáculo que se da esta noche en el teatro de palacio, y en el cual debe tomar parte ese famoso *pulcinella* que hace algunas semanas da tanto que hablar al público. ¡Sí, sí señores, va á venir! ¿No es así, Conde Caprani?

LENA. (Bajo á Macarón.) ¡Qué dicha!

CAP. (Bajo á Roco.) ¡Buscad un pretexto para evitarlo! ¡Ese hombre es nuestro enemigo!

ROCO. Señor, esta mañana he ido á casa del célebre saltimbanquis, y...

PRINC. ¿Y qué?

ROCO. Y le encontré imposibilitado de presentarse al público. Se halla acometido de una fluxión...

PRINC. ¿Qué importa? Los *pulcinellas* trabajan siempre con una careta puesta...

ROCO. Con efecto. Pero su fluxión es en el pecho.

PRINC. ¿Cómo? Semejante desgracia, cuando yo creía...

UN PAJE. (Anunciando.) ¡Los titiriteros del teatro de San Carlino!

ROCO. }
CAP. } (Aparte.) ¡Ah!

PRINC. ¡Dejadlos entrar! (El Paje saluda, y se va.)

ESCENA III

DICHOS, BORDONI, ARGENTINA, VIOLENTINA y TRES COMPAÑEROS MAS; después, PIPO

BORD. ¡Alteza!

ARG. ¡Señor!

PRINC. ¡Hola! Esta linda joven es, sin duda...

ARG. La primera mímica de la compañía.

PRINC. ¿Y esta otra?

VIOL. La primera mímica de la compañía.

PRINC. ¡Demonio! ¿Pues cuál es la segunda?

BORD. Yo soy Bordoni, el primer mímico... y dicen que tengo mucho talento.

PRINC. Eres muy modesto. Pero en esta compañía todos son primeros... Y... ¿qué me decís de vuestro famoso *pulcinella*?

PIPO. (Entrando.) Presente.

CAP. (¡Oh!)

PRINC. ¡Bravo! ¡viene también! ¡Oh, qué interesante figura!...

PIPO. ¡Señor, ofrezco mi figura á vuestros piés!

PRINC. Yo no me admiro de sus triunfos. La naríz sola vale un tesoro.

PIPO. Se vende, gran señor. Pero también la pongo gratis á vuestras plantas.

PRINC. (Se ríe estúpidamente: todos los Cortesanos se ríen también.)

¡Bien, bien! ¡Qué lástima que en público aparezca enmascarado!

PIPO. Tal es la costumbre en los papeles de mi clase.

PRINC. Y díme... la fluxión...

CAP. (¡Cielos!)

PIPO. ¿La... la fluxión? (¿Qué fluxión será ésta?)

PRINC. ¿Se te ha curado?

CAP. (Bajo á Pipo.) Decid que sí.

PRINC. ¿Era quizá mentira?

PIPO. Sí, sí, señor.

PRINC. ¡Cómo! ¿Habrían querido engañarme?

ROCO. (Bajo á Pipo.) Decid que no.

PRINC. ¿Conque no tenéis fluxión?

PIPO. No, señor, no.

CAP. (Bajo á Pipo.) Sí, sí.

PIPO. Sí, sí, no, sí. (¡Qué demonio es esto!) En fin, lo que Vuestra Alteza quiera.

PRINC. ¡Vamos, comprendo! Era una bufonada.

ROCO. Sin duda.

CAP. ¡Tal vez para hacerse desear!

PIPO. Pero señor, ¡qué embro...!

CAP. (Bajo á Pipo.) ¡Chito!

PRINC. Tengo noticias de que manejáis perfectamente el látigo de la sátira.

PIPO. ¡Que manejo el látigo! ¡Ah, sí! Mi padre fué postillón, y parece natural que yo sepa... (Este Príncipe me pone en un potro.)

PRINC. (Se ríe de nuevo: los Cortesanos y demás lo imitan.) ¡La respuesta es algo maliciosa! ¡Bien se echa de ver tu talento!

PIPO. ¡Mucho! ¡Sí, señor!

PRINC. También me han dicho que no hay secretos para tí, que dices en la escena todo cuanto pasa en la ciudad, en la Corte misma.

PIPO. ¡Todo, todito!

PRINC. Bien: procura hacerme reir esta noche. ¿Lo entiendes?

PIPO. Lo prometo.

PRINC. Te doy carta blanca para ello. Ataca, ridiculiza, dí á

todo el mundo la verdad. Desde ahora te autorizo.

PIPO. Perfectamente. Diré cosas gordas, cosas que... En fin, yo me entiendo.

ROCO. (Aparte á Caprani.) (¿Lo oís? ¡Este bribón puede perdernos!)

CAP. (¡Tratemos de impedirlo!) Estas buenas gentes tendrán que vestirse sus trajes para la representación que debe empezar al momento. En esa galería que conduce al teatro, tienen cuartos preparados al efecto. Esta sala es la destinada al *pulcinella* como la mejor, y...

PIPO. ¿La mejor? Me contento con ella.

CAP. Y si Vuestra Alteza da su permiso...

PRINC. Al instante. No hay que perder tiempo. Marchemos nosotros al encuentro de mi ilustre esposa. Hasta muy pronto, ingenioso bufón.

CAP. (Aparte á Pipo.) No os alejéis: tengo que hablaros.

PIPO. ¿A mí tenéis que...?

CAP. (Idem.) ¡Chist!

PRINC. (Volviéndose.) ¡Conde!

CAP. Estoy á las órdenes de Vuestra Alteza. (Los Cortesanos todos se van por la izquierda con el Príncipe. Los Titiriteros, por el fondo.)

ESCENA IV

PIPO, MACARÓN y LENA

PIPO. ¿Eh? ¿Qué tal, maese Macarón? Ya veis que tengo una gran posición social.

MAC. Sí, el hecho es que ambos somos las dos grandes celebridades de la época.

LENA. (Mirando á Pipo.) ¡Y qué lujo, qué elegancia!

PIPO. ¡Psch! ¡Así, así!

LENA. ¿Cómo así, así? Parecéis otro enteramente.

PIPO. ¡Cierto! (Hace una campanela.) ¡Tararí!

MAC. ¡Calle!

PIPO. ¡Soy un junco en lo flexible! ¡Alegro á los hombres, encanto al bello sexo! (Otra campanela.) ¡Tararí!

LENA. (¡Qué fatuidad!)

MAC. Como que desde que Lena te vió la otra noche, ha perdido la cabeza, ¡sólo piensa en tí!

PIPO. ¿En mí? ¿Es posi...? ¡Ah, Lena me hace justicia!

LENA. (¡Qué oigo!)

PIPO. Perdonad si ensayo un paso para luégo. (¡Quiero deslumbrarla!) (Apoyándose en un bastidor, baila al mismo tiempo que habla; hace la gamba, etc.)

LENA. (¡Y se pone á ensayar!)

PIPO. ¡Tararí!... ¿Conque Lena está enamorada?... ¡Trolón... de mis gracias, ¡tiririririiii! (Bailando alegre y hablando de prisa.) ¡Tá, tá, tá, tá!... ¡Oh, encantadora Lena! El júbilo que... ¡tirirá!... que yo siento... ¡pititón!... me embriaga... y enloquece... y me... ¡ton, tipitón, tipitón, tipitón! (Se queda en actitud.)

LENA. (¡Esto es insufrible! ¡Habrá hombre más necio!)

MAC. ¿No decías que era tan fino y tan...?

PIPO. Conque os parezco...

LENA. ¡Muy feo!

PIPO. (A Macarón.) Eso va con vos.

LENA. No, no, con vos solo.

PIPO. ¿Conmigo?

LENA. (¡No hacerme caso apenas y darse tanta importancia...!)

PIPO. ¿Pero no decíais que me amaba?

MAC. Sí, esta misma mañana...

PIPO. Y ahora...

LENA. Ahora no os puedo ver, y os encuentro tan imbécil como antes.

MAC. ¿Entiendes esto, hombre?

PIPO. ¡Eh! Pues lo dice poco claro la niña. ¡Ah, Lena, Lena!

MAC. ¡El ministro!

ESCENA V

DICHOS y CAPRANI

CAP. Maese Macarón, estáis haciendo falta en la repostería.

MAC. Voy corriendo, señor. (Bajo á Lena, que se va con él.) (Y bien, ¿qué dices de tu amante?)

LENA. ¡Que es tan seductor cuando es *pulcinella*, como necio cuando deja de serlo!

MAC. Sí, sí; olvida á Pipo para siempre. (Vanse los dos.)

ESCENA VI

PIPO y CAPRANI

CAP. (Mira alrededor.)

PIPO. (Se pone á hacer otro tanto.)

CAP. (Tose.)

PIPO. (También.)

CAP. (Vuelve á mirar.)

PIPO. (También mira.)

CAP. (Tose de nuevo.)

PIPO. (Tose también.)

CAP. (Estamos solos.)

PIPO. (¿Qué me querrá este tigre? ¿A que me da de palos, porque no volví á verle desde el otro día?)

CAP. (Coge una silla.)

PIPO. (Creyendo se la va á tirar.) (¡Ay, me va á romper la cabeza!) (Coge otra silla, y se la pone como si fuera una rodela.)

CAP. (Coloca la suya en el proscenio con solemnidad.)

PIPO. (Lo imita.)

CAP. (Tose.)

PIPO. (Asustándose.) ¡Ay!

CAP. (Lo saluda.)

PIPO. (Le devuelve el saludo.)

CAP. (Le hace seña de que se siente.)

LOS DOS. (Se sientan.)

CAP. (Le alarga la caja del tabaco.)

PIPO. (La coge y se la guarda.)

CAP. ¡Cómo!

PIPO. (Cayendo en lo que es.) ¡Ah! (La saca y le ofrece á Caprani un polvo: éste lo toma.)

CAP. Cubríos. (Caprani lo está. Pipo se pone al sombrero.)

PIPO. Gracias. (Pipo se guarda de nuevo la caja.)

CAP. ¿Qué hacéis?

PIPO. ¡Ah! (Le ofrece de nuevo la caja.)

CAP. No es eso. (Se la quita con impaciencia.)

PIPO. ¡Ya! era lo otro. (Pausa.) ¿Conque...?

CAP. (Levantándose con orgullo.) ¿Eh?

PIPO. (Idem.) ¿Eh?

CAP. Sentáos.

PIPO. Bueno. (Se sientan.) ¿Y qué me procura el honor...?

CAP. Bajito, bajito.

PIPO. (Se sienta en el suelo de pronto, y dice en voz baja.) ¿Y qué me procura el honor...?

CAP. ¿Tratáis de burlaros de mí? Sentáos en vuestra silla. No es esta ocasión de bufonadas.

PIPO. (Sentándose.) Ya os escucho.

CAP. Vamos al asunto.

PIPO. Sí, sí... vamos al asunto.

CAP. Hace días, estás usando á tus anchas de un privilegio que te da la costumbre de nuestros teatros... y lo estás usando precisamente en contra de los hombres encargados, como yo, de ejercer el poder.

PIPO. (¿A dónde iremos á parar?)

CAP. Hasta ahora, he podido reducir al silencio á cuantos audaces atacaban mi modo de gobernar, he hecho encarcelar á los unos, desterrar á los otros, ahorcar á muchos.

PIPO. Sois muy bondadoso. Ya eso lo sabía yo.

CAP. Para tí, sí; para tí, á quien, merced á tus absurdas franquicias, no puedo mandar cortar la cabeza...

PIPO. Mil gracias.

CAP. ¡Oh! Y harto lo siento, á fe mía.

PIPO. No hay de qué. Siempre estáis cumplido conmigo.

CAP. Precisado á soportar tus sátiras, y no teniendo, por otra parte, pretexto para librarme de tí, me veo en el caso de... de proponerte una transacción.

PIPO. ¿A mí? Bueno. (¡Un ministro se humilla á mi personal) Bueno: vos sabéis que soy un grande hombre, y venís á proponerme...

CAP. Vengo á proponerte que, en la representación que va á empezar dentro de pocos minutos, hagas en presen-

cia del Príncipe mil elogios de mi gobierno y de mi persona.

PIPO. ¿Y nada más?

CAP. Que no digas nada de la conversación que tuvimos há pocos días en la plaza de San Carlino; que proclames, en fin, que nunca ha sido este país más rico, más dichoso, más...

PIPO. ¡Nunca! (Levantándose.) ¡Nunca! (Paseándose agitado.) ¡Yo mentir hasta ese punto! ¡Yo daros semejantes alabanzas!

CAP. ¡Oye!

PIPO. No.

CAP. ¡Pero, escucha! (Siguiéndole.)

PIPO. No.

CAP. Yo no te pido que me las des.

PIPO. ¡Jamás!

CAP. Sino que me las vendas.

PIPO. (Parándose de repente.) ¿Por cuánto?

CAP. Por cien luises: toma.

PIPO. ¿Es decir, que queréis corromperme? ¡Corromperme á mí! (En otro tono.) ¡Esto clama al cielo! ¡Esto es escan...! ¡Oh! Vos queréis afrentar el nombre de... (Tomándolos.) ¿Están cabales?

CAP. Puedes contarlos.

PIPO. Me basta la palabra. (Volviendo á declamar como antes.) ¿Pero cómo he de hablar bien de vos? ¡De vos, á quien todos aborrecen! ¡Imposible! (Volviendo á pasear.)

CAP. ¿Qué dices?

PIPO. ¡Imposible!... ¡jamás!

CAP. ¡Bribón! ¡después que te he dado el dinero!

PIPO. Sí; pero me faltan pruebas de vuestra inocencia. ¡Pruebas! Yo no os defenderé sin pruebas.

CAP. Toma otro bolsillo.

PIPO. (Tomándolo.) Ya las tengo. Ahora sí que se me han presentado completas. Vuestro soy.

CAP. ¿Y me juras...?

PIPO. He dicho que soy vuestro...

CAP. ¿Conque puedo irme tranquilo?

PIPO. Sí: ya estáis aquí demás.

CAP. ¡Adiós, pues! Y cuenta... (Con tono amenazador.)

PIPO. No, no; si vos me decís que están cabales...

CAP. ¡Ay de tí, si me engañas!

PIPO. ¡Descuidad!

CAP. Lo veremos. Adiós. (Se va.)

ESCENA VII

PIPO y ALFREDO

PIPO. ¡Esto es magnífico! ¡No... esto es criminal! ¡Venderme yo...! Sí, porque me he vendido como un canasto de melocotones. Justo: No hay duda; yo he recibido su dinero...

ALF. (Apareciendo, embozado.) Y vas á devolvérselo al instante.

PIPO. ¿Eh? ¡Calle, el señor Alfredo, mi protector, mi providencia!

ALF. Yo mismo. (Se desemboza, y aparece vestido de *pulcinella* napolitano. Pantalón y casaca blancos, con grandes botones; sombrero largo y puntiagudo, que trae debajo de la casaca; guantes negros, y una careta en la mano.) ¡Estaba ahí! Lo he escuchado todo, y te mando qne lleves inmediatamente ese dinero al Conde Caprani.

PIPO. Poco á poco; yo debo...

ALF. Tú debes obedecerme sin replicar. ¿Has olvidado nuestro convenio? ¿Olvidas que te conocí miserable y despreciado, y que te he hecho célebre y rico?

PIPO. Es verdad. Pero, por Dios, que nadie se entere...

ALF. ¿Olvidas que todo me lo debes á mí; á mí, que, poniéndome tu disfráz y tu careta, ocupo todas las noches tu lugar en el teatro, y te dejo disfrutar de los beneficios y los triunfos que por tí alcanzo?

PIPO. ¡Oh, perdonadme, perdonadme!

ALF. No lo merecías.

PIPO. (Mirándole.) Yo soy vuestro esclavo, señor, vuestro perro de aguas. Pero... ¡calle! ¿Y estáis dispuesto á eje-

cutar aquí mi papel esta noche? ¿Os habéis vestido ya?

ALF. Sí; voy á hacer en palacio lo mismo que hago en el teatro.

PIPO. Volvéos, volvéos, que quiero examinarme. ¡Bravo! Sin lisonja, me parece muy bien ese otro yo. Estoy perfectamente. A propósito: ¿qué tal éxito tuve anoche?

ALF. ¡Brillantísimo! Te hicieron repetir tres veces, te hicieron salir seis.

PIPO. ¿Sí? ¿Conque me hicieron repetir tres veces...? ¿Y lo hice?

ALF. Por supuesto.

PIPO. ¡Oh, qué gusto! ¡Cómo embriagan los triunfos!

ALF. Además, te arrojaron ramos de flores...

PIPO. ¡Y yo que no lo he sabido hasta ahora!

ALF. Y entre ellos este tan lindo que he querido traerte.

PIPO. (Lo toma.) ¡Gracias!... Señor... Mil... ¡Qué perfume! ¡Apostaría que este ramo lo tiró una mujer!

ALF. Justo.

PIPO. ¡Calle! ¡y dentro hay un billete!

ALF. Sí, una cita.

PIPO. (Echa á correr.) ¡Allá voy!

ALF. ¡Eh! ¡detente!

PIPO. ¡Una cita de amor!

ALF. Sí. De una baronesa que se muere por tí, y que te convida á almorzar con ella. ¡Buenos platos, excelentes vinos!...

PIPO. ¡Yo enloquezco de alegría! Dejad que vaya...

ALF. ¡Es inútil!

PIPO. ¿Inútil? ¡Cómo!

ALF. Como que calculando que tú tal vez no estarías libre á la hora indicada, me ví en la precisión de ir en tu lugar.

PIPO. ¡Ya! vos... Pero, caramba, esto no vale. Nuestro trato fué que me dejaríais á mí esos provechillos. Yo soy responsable del talento y de la gracia que vos ostentáis sobre las tablas... y si vais á devorar en mi lugar las substancias que me condimentan y á visitar á las hermosas que me citan... Lo dicho: hay fraude en esto, y me llamo á la parte.

ALF. Tranquilízate, pobre Pipo: la aventura de esta mañana no ha tenido nada de lisonjera. La tal baronesa era una vieja ridícula, de quien me he burlado, y... además, tiene un marido horriblemente celoso. El Barón Roco, que por poco me sorprende allí, y que ha jurado tomar venganza. Por dicha, pude libertarme, saltando precipitadamente por la ventana, y...

PIPO. Entonces... Soy generoso. Os cedo la conquista.

ALF. No, gracias. Yo tampoco la quiero, y sólo la intenté, por hacer rabiar al Barón, que es mi enemigo. Ahora, pues, corre á devolver su dinero al Conde, como te he dicho.

PIPO. ¡Cómo! ¿Insistis...?

ALF. Insisto.

PIPO. Pero...

ALF. ¿Otra vez?

PIPO. No; si no es más que una observación, señor. ¡Vos no conocéis las costumbres de los teatros! Nunca se devuelve el dinero.

ALF. ¡Señor Pipo!...

PIPO. Leed si no, lo que dice el cartel, señor: «Una vez tomados los billetes, no podrán...»

ALF. Lo mando. Cumple mis órdenes, ó desde mañana te devuelvo tu careta y tu traje, y te entrego á tu suerte.

PIPO. ¡No, por Dios! ¡Yo, perder mi reputación! ¡Yo, tan idólatra de mi arte!

ALF. No te detengas, y vuelve pronto á encerrarte en una de estas habitaciones, porque la funcion debe empezar en seguida, y es preciso que no nos sorprendan aquí juntos á los dos á la misma hora.

PIPO. Sí. Comprendo. ¡Ah! por si alguno os hubiera visto ya con ese traje, voy á ponerme el mío, para que no extrañe que me haya vuelto á mudar... Al momento volveré.

ALF. Adiós. (Pipo se va apresurado.)

ESCENA VIII

ALFREDO, solo.

¡Bravo! ¡El Conde Caprani teme que descubra al Príncipe su conducta! ¡Esto es lo que yo deseaba! ¡Ah, señor Conde! ¡Queréis luchar conmigo! ¡Pensáis que no he de vengar la proscripción de mi familia! ¡Enhorabuena! Vos tenéis en vuestro favor el poder y los esbirros. Yo... yo únicamente este disfráz y esta máscara. ¡Veremos quién alcanza la victoria! No olvidemos ahora nada para asegurarla en mi favor. Aquí... sí. Aquí tráigo la carta escrita, al morir, por aquella pobre actríz, y dirigida á Su Alteza. También tráigo conmígo las últimas instrucciones de mi noble padre. Cumpliré, pues, su voluntad, y conquistaré á Lena la felicidad que merece.

ESCENA IX

ALFREDO; LENA, por el fondo.

LENA. ¡Dios mío! ¡Cuánta concurrencia en esos salones! ¡Cuántos carruajes á las puertas de palacio!

ALF. (Poniéndose la careta.) (¡Es ella!)

LENA. ¡No va á caberse en el teatro! ¡Calle! ¿Os habéis (Viendo á Alfredo,) puesto ya vuestro traje, señor Pipo? (Con desdén.)

ALF. Sí; me lo he puesto, para agradaros.

LENA. Lo siento, porque os tomáis un trabajo inútil. Desde nuestra conversación de hace poco, siento tal indiferencia hacia vos...

ALF. (¡Se conoce que ha hablado antes con ese imbécil!) ¡Cómo! Lena, ¿no me amáis ya? ¿Me condenáis á ser desgraciado eternamente?

LENA. No era eso lo que me dábais, sin embargo, á entender hace poco... en presencia de mi padre.

ALF. ¿Puede acaso un amante expresarse con libertad de-

lante de un tercero? Además... Ya lo sabéis... Este traje me da más valor, más...

LENA. ¡Sí, más ingenio!... ¡Es extraño! ¡Hasta vuestra voz me suena de distinto modo! Es más dulce, y lo que me decís es tan lisonjero, tan agradable...

ALF. Porque, con la máscara puesta, no soy el mismo. Y bien, Lena, ¿nada me respondéis? ¿Dudáis de la sinceridad de mis palabras?

LENA. ¿Pero qué queréis que os responda, pobre de mí? Tan pronto sois amable, cariñoso; tan pronto os hallo necio, presumido... ¡Tal vez cambiaréis dentro de poco, y os envaneceréis de nuevo con los triunfos que vais á tener esta noche en palacio!

ALF. No, Lena. Creedme. Esos triunfos, esos aplausos que me prodigan, no los recibo con placer, sino porque ellos son los que me hacen ser amado de vos.

LENA. (¡Vamos, si parece que se han llevado á un hombre y han traído otro!) Dejadme, dejadme. A mi pesar siento que vuelvo á amaros, que...

ALF. ¡Lena mía!...

LENA. Sí. Pero es el caso, que cuando os quitéis la careta voy á aborreceros de nuevo.

ALF. ¡No, no, por piedad!

LENA. ¿Y qué he de hacer si me parecéis entonces ridículo? ¿Queréis por ventura casaros conmigo enmascarado? ¡Ya veis que esto no es posible!

ESCENA X

DICHOS; PIPO, vestido de *pulcinella*.

PIPO. (Entrando, sin ver á Lena.) Pues señor, después de una de mil diablos, he vuelto su dinero á ese viejo Holofernes...

LENA. ¡Cielos! ¡Dos *pulcinellas!*

PIPO. ¡Uf!

ALF. (¡Torpe!)

PIPO. ¡No reparéis en mi Lena! (Tapándose la cara con las manos.) ¡No soy yo! ¡Yo no soy Pipo!

ALF. ¡Detente, imbécil! Ya no puede fingirse por más tiempo con ella. ¡Nos has descubierto!

LENA. ¡Qué oigo! ¡Ah! ¡Ya me explico mis dudas! ¿Pero entonces quién sois vos? Porque ahora veo que á quien aplaudían en el teatro, á quien yo amaba, á quien yo equivocaba con este papanatas...

PIPO. (Saludando.) ¡Servidor!

ALF. (Quitándose la máscara.) ¡Lena!

LENA. ¡Alfredo! ¡Oh, qué felicidad!

ALF. Sí, Alfredo, que hace un mes se ocultaba de vuestros ojos; Alfredo, á quien sin conocerlo, habéis ido á aplaudir, como todo el mundo, al teatro de San Carlino, y que os ha ocultado este secreto, para asegurar mejor vuestro porvenir y vuestra felicidad.

LENA. No puedo comprender...

PIPO. ¡Toma! ¿Creéis que es fácil? Sólo, que á mí no me importa saber nada; pero el caso es que hace tres semanas que él es... yo, cuando yo no soy yo... Y yo soy él, cuando no soy yo; y él es él, cuando... ¡Pues, claro! cualquiera me entiende.

LENA. No por cierto. (Rumor dentro.)

ALF. ¡Chist! ¿No oís ese rumor? Es que el Príncipe entra en el teatro. ¡No hay un instante que perder! ¡Pronto! (Se pone la máscara.) Id á reuniros á vuestro padre adoptivo. Pero en nombre de nuestro amor y de nuestra dicha futura, ni una palabra de cuanto acabáis de ver y de oir. Tú, Pipo, ocúltate en una de estas habitaciones, mientras dura la función, y cuenta con cometer la menor imprudencia. Venid, Lena. (Se va con ella por el fondo.)

ESCENA XI

PIPO; después, EL BARÓN ROCO

PIPO. ¡Haced que no dure mucho el espectáculo! ¡Pues señor, esta noche van á aplaudirme en grande! ¡Qué cosas diré! Digo, dirá él... Yo mientras, cuidaré de mi estómago aquí solito. Afortunadamente, al pasar por la

repostería me apoderé de esta empanada, obra maestra del señor Macarón... No es muy grande, pero mientras llega la hora de cenar... Cerremos las puertas, para no ser sorprendido. (Mientras cierra la puerta de la derecha, Roco entreabre la de la izquierda.)

ROCO. Nadie ha podido verme, y cuando este hombre vuelva aquí de la escena... ¡Oh! ¡Aquí me encontrará el infame! (Viendo á Pipo.) ¿Qué miro? ¡Es él! ¿Aún no ha ido al teatro?

PIPO. Cerremos esta otra.

ROCO. (Deteniéndole.) ¡Alto ahí!

PIPO. ¿Eh? ¿A quién buscáis?

ROCO. ¡A vos! ¡A vos!

PIPO. ¿A mí? ¿Y á qué asunto?...

ROCO. Vais á saberlo.

PIPO. ¡Qué cara de vinagre!

ROCO. Yo había mirado hasta ahora como indigno de mi cólera, como indigno de mis iras...

PIPO. ¡Qué sofocado estáis! ¿Queréis un poco de agua?

ROCO. ¡Silencio! Repito que había mirado como indigno de mis iras al miserable saltimbanquis que ha tenido la insolencia de decir en público que mis bigotes no habían visto más humo que el del cigarro.

PIPO. ¿Y eso qué importa? ¡Si el cigarro era bueno!...

ROCO. Y que esta temible espada no había salido nunca de la vaina sino para brillar en alguna formación.

PIPO. ¿Vuestra espada? No la conozco. Así, pues, dejadme en paz, buen hombre.

ROCO. ¿Cómo buen hombre?

PIPO. ¡Pues dejadme en paz, hombre malo!

ROCO. Escúchame hasta el fin.

PIPO. (¡Así fuera el fin de tus días!) Vaya, acabad.

ROCO. Tampoco me he dignado enojarme con el histrión que ha tenido el descaro de sostener que mi nobleza y mis servicios...

PIPO. Pues si no os habéis dignado enfadaros con nada, ¿á qué venís á calentarme la cabeza con ese lío cuando estoy merendando? ¡Ea! Buenas noches.

ROCO. Pero... pero cuando ese miserable histrión...

PIPO. ¡Dale que le darás!

ROCO. Se atreve á fijar sus criminales ojos en mi esposa...

PIPO. ¿En vuestra esposa? Tampoco la conozco. Conque dadle memorias, y no me fastidiéis más.

ROCO. ¿Qué prefieres? ¿Piensas que puedes burlarte impunemente del Barón Roco?

PIPO. (¡Uf! ¡El marido de la vieja! ¡de la vieja de la cita!)

ROCO. ¿Te turbas?

PIPO. No, señor.

ROCO. ¡Tus labios se contraen!

PIPO. ¡Si es que estoy mascando! ¿No veis la empa...?

ROCO. ¿Qué?

PIPO. Nada.

ROCO. ¡Traidor! En vano ocultas la emoción que te domina.

PIPO. (¡Ay, cita de mis pecados!)

ROCO. ¡Está bien! Ya comprendes que sólo me resta ofrecerte...

PIPO. ¿Ofrecerme? No, gracias. No tomo ya nada, hasta la hora de cenar.

ROCO. Ofrecerte la elección de armas, para un duelo á muerte.

PIPO. Vuelvo. (Echa á correr.)

ROCO. (Lo coge.) ¡Miserable! Acabemos de una vez.

PIPO. Por mi parte, concluído.

ROCO. ¡Quieto! Procedamos sin el menor ruído.

PIPO. ¡No me da la gana! ¡quiero gritar!

ROCO. ¡Silencio!

PIPO. ¡Barón Roco!

ROCO. ¡Chito, villano!

PIPO. Barón Rosco ó Barón Rosquete...

ROCO. ¿Me insultas de nuevo, canalla? Elije. (Se desemboza, y presenta dos floretes y dos pistolas.)

PIPO. ¡Ánimas benditas!

ROCO. Elige.

PIPO. (Las mira, y dice volviendo la espalda.) No me gusta ninguna.

ROCO. Elige, porque es preciso que yo lave mi afrenta en tu sangre.

PIPO. Pues lavadla en otra cosa. Vaya un...

ROCO. Ni una palabra más, ¡ó vive el cielo!... (Pone sobre la mesa las armas.) ¡Elige, repito, ó mueres á mis manos!

PIPO. ¿Conque no hay remedio?

ROCO. ¡Pronto!

PIPO. (¡Maldita sea tu casta!)

ROCO. Vamos.

PIPO. Pues bien. (Coge una espada y una pistola.) ¡Sea! Ya elijo.

ROCO. (Arrancándole la espada de la mano.) Enhorabuena.

PIPO. Nos batiremos á veinticinco pasos.

ROCO. ¡Cómo! A veinticinco... ¿pues qué, es á pistola?

PIPO. Eso no os importa. ¡En guardia!

ROCO. Poco á poco... permitid...

PIPO. (Apuntándole.) ¡Nada! ¡No permito nada! ¡Soy un tigre!

ROCO. Reparad que yo tengo una espada, y vos...

PIPO. ¡Estoy ciego!... ¡No veo más sino que os voy á enviar al otro mundo!

ROCO. Pero...

PIPO. ¡En guardia! ¡Os aguardo firme como un roble! ¡No, no me haréis retroceder una sola línea! ¡En guardia!

ROCO. Es que así no se bate nadie.

PIPO. Yo sí. ¡Cada uno tiene su método!

ROCO. ¡Las armas no son iguales!

PIPO. ¡Cómo! ¿Aún se queja, y le he dado la más larga? ¡Habrá cobarde! ¡Pronto! ¡En guardia!

VOZ. (Dentro.) ¡Su Alteza!

ROCO. ¡Ah!

PIPO. ¡Uf! ¡Yo me largo! (Busca una salida.)

ROCO. Quitémonos de aquí. (Pipo le sigue. Roco se va; cierra la puerta, y lo deja fuera.)

PIPO. ¡Oh! (Se agacha en un rincón de la sala.)

ESCENA XII

PIPO, EL PRÍNCIPE y EL CONDE CAPRANI

PRINC. ¡Qué golpe! ¡Qué golpe, amigo Conde!

CAP. Decid más bien ¡qué escándalo, señor! ¡Atreverse ese histrión á burlarse de vuestro gobierno!

PRINC. Es decir, de vos.

CAP. Sí; ¡pero hacer oir á Vuestra Alteza cosas...!

PRINC. Que me han despertado un vivo deseo de hablar con ese hombre maravilloso. (Viendo á Pipo, que oculta las armas y que procura irse sin que lo noten.) ¡Calle! ¡Hélo ahí! ¡Digo, qué pronto!

PIPO. (¡Uf! ¡Me atisbó!)

CAP. ¡Cómo! Cuando no hace un instante le hemos dejado en la escena...

PRINC. ¡Con efecto! ¡Es un verdadero brujo!

CAP. Aprovechad, señor, este momento, para mandarle ahorcar.

PIPO. (¡San Antonio!)

PRINC. ¡Silencio, Conde, y salid! Quiero quedarme solo con este prodigioso mortal.

PIPO. ¿Eh?

CAP. (¡Cielos!)

PRINC. Acércate, prodigio.

PIPO. Señor...

CAP. Pero...

PRINC. Lo mando.

CAP. Obedezco. (¡Ah! ¡Yo juro que antes de dos horas habré tomado venganza de este miserable.) (Se va.)

PIPO. (¿Qué querrán hacer conmigo ahora?) (¡Dios sabe lo que el otro habrá dicho en la escena!)

ESCENA XIII

PIPO y EL PRÍNCIPE

PRINC. (Con misterio y haciendo seña para que se acerque.) Acércate.

PIPO. ¿Eh?

PRINC. Acércate, impenetrable bufón. Más. Así. Siéntate.

PIPO. (Confuso, mirando con inquietud á su alrededor.) (¿En qué vendrá á parar esto?) Alteza... (Muchas cortesías.)

PRINC. Basta. (Pipo se sienta.) Sobre todo... habla bajo.

PIPO. (¡Qué demonio! Todos quieren que hable yo bajo hoy.)

PRINC. Necesitamos el más profundo misterio.

PIPO. ¡Ah! Necesitáis el... Bueno. Hablaré sin que se me

oiga el resuello; y si esto no es suficiente, no despegaré los labios..

PRINC. (Se sienta.) No tanto, no tanto. (Pausa.) Ya lo ves.

PIPO. ¿Eh? ¿Que ya lo veo? (Volviéndose á mirar.)

PRINC. ¡Sí! La turbación en que me has puesto hace poco en el teatro...

PIPO. (¿No lo dije? ¡Algún enredo del otro!)

PRINC. Me ha obligado á salirme del palco. Todas las miradas se fijaron en mí en aquel momento crítico en que...

PIPO. Lo creo, señor. Hay momentos críticos en que uno se quisiera ir de buena gana. (Va á hacerlo.)

PRINC. (Cogiéndole de la mano.) Díme.

PIPO. (Asustado.) ¡Ay!

PRINC. Dime, hombre singular, ¿por qué medios has podido descubrir todo lo que acabas de poner en mi noticia?

PIPO. ¿Yo? (¡Ay, Dios mío!) ¿Conque lo que yo he puesto...? (Rascándose la naríz.) (¡Pues señor! El otro habrá dicho un sin número de cosas que yo ignoro y... ¿cómo salir de este pantano?)

PRINC. ¿Tratarías de negar ahora...?

PIPO. Sí, señor, sí, trato de negar...

PRINC. Es que... es que... por conocer el secreto que me has revelado á medias... te daría... veinte mil ducados.

PIPO. ¿Sí? Pues mirad. Dadme diez mil sin más explicaciones, y os quedáis con el resto. ¿Os conviene?

PRINC. ¡Alma desinteresada! Yo te reservo una más noble recompensa... si todo lo que has dicho es cierto.

PIPO. Cómo, ¿más dinero aún?

PRINC. No; mi amistad, mi reconocimiento.

PIPO. ¡Ah, ya! (¡Prefiero lo otro!) ¡Gracias, señor!

PRINC. Ahora, pues, hablemos con entera franqueza, y díme todo lo que sabes.

PIPO. ¿Todo lo que sé? (Pues no tengo nada que decir entonces.)

PRINC. ¡Habla, habla pronto!

PIPO. Descuidad, seré breve. (Se miran el uno al otro.) ¡Ah!...

PRINC. ¿Qué?

PIPO. ¿Eh?

PRINC. ¿Cómo?

PIPO. ¿Decíais...?

PRINC. Yo, nada; pero tú...

PIPO. ¡Ah! Pues ni yo tampoco. (Pausa.)

PRINC. Para empezar, háblame de Sidonia.

PIPO. De... ¡Ah, ya, de ..! (¿Quién será esta Sidonia, Dios mío?)

PRINC. De esa pobre é interesante criatura.

PIPO. ¡Muy interesante! Sí, señor. (¡En mi vida la he visto!)

PRINC. ¡Explícame los motivos por qué ha sufrido tanto! (Con sentimiento, de que Pipo participa.)

PIPO. ¿Sidonia? ¡Oh! Ella ha sufrido mucho, porque era muy desgraciada. Vos me diréis: ¿Y por qué era muy desgraciada? Porque ha sufrido mucho. ¿Y por qué ha sufrido mucho? Porque era muy desgraciada. ¡Claro! (En no saliendo de ahí, estoy seguro de no comprometerme.) ¿Y por qué ha sufrido mu...?

PRINC. No prosigas. ¡Ay! ¡Cuán cruelmente ha expiado la infelíz su falta!

PIPO. Sí señor, muy cruelmente. ¡Pchs! ¡Mucho! (El Príncipe llora: Pipo lo imita.) ¡Ya se vé! ¡La suerte! ¡El destino! ¡La naturaleza! ¡Ah! ¡Sidonia! ¡Sidonia! ¡Sidonia!

PRINC. ¡La pobre estaba en la flor de su edad! Díme, ¿qué ha sido de ella?

PIPO. (Afligido.) ¿De la flor de su edad?

PRINC. No. De Sidonia.

PIPO. (¡Y vuelta!) ¡Ah! Ella fué... fué...

PRINC. ¡Madre! ¡Ya me lo sospechaba!

PIPO. ¡Yo también!

PRINC. ¡Sidonia fué madre! ¡Ah! (Vuelve á llorar, y Pipo también.)

PIPO. ¿Os ponéis malo? (¡Pues no arma poco jaleo la tal Sidonia!)

PRINC. Y después... ¡Pobre como era, habrá arrastrado siempre una existencia penosa!

PIPO. (Muy afligido.) ¡Mucho! ¡Nunca pasaba del puchero!

PRINC. Y quién sabe si... ¡Oh! Habla sin temor. ¡Tengo necesidad de saberlo todo! ¡Díme si es muerta ó viva!

PIPO. ¿Sidonia? (¡Vaya un apuro!) Es... (Con decisión.) ¡Es muerta!

PRINC. ¿De veras?

PIPO. ¡Completamente muerta! (A ver si matándola, no me pregunta más.) (Vuelven á llorar.) ¡Ay! ¡La pobre es difunta! ¡Llorémosla, señor, llorémosla... y no hablemos de ella más! Nada. ¡No volvamos á hablar más de ella! Esto es lo que debemos hacer.

PRINC. ¡Pero, afortunadamente, no ha muerto del todo para mí!...

PIPO. (¡Calle! ¡Quiere que no se haya muerto más que á medias!)

PRINC. Concluye, pues, tu narración. ¡Vamos!

PIPO. ¿Adónde?

PRINC. ¡Que concluyas, te digo!

PIPO. ¡Ah, sí! ¿En qué estábamos? (Por vida de...)

PRINC. ¿Necesitas también que ayude tu memoria? Ibas á contar cuando mi padre, furioso al ver al heredero de su corona prendado de los encantos de una actríz...

PIPO. ¡Ya! ¿Conque Sidonia era actríz?

PRINC. ¡Cómo! ¡Lo ignorabas!

PIPO. ¡Cá! No señor. Pues si la ví yo trabajar en aquella trajedia de...! ¡Tente, pérfido moro!

PRINC. ¿Qué trajedia? Ella no las hacía. Era graciosa.

PIPO. (Riendo.) ¡Sí! Pues poco he reído yo.

PRINC. Pero ¡ay! á pesar de las amenazas de mi padre y de los consejos del Conde Caprani, al cabo de algunos meses era yo el más culpable de todos los herederos presuntos. Y ella...

PIPO. (Siguiéndole estúpidamente con los ojos y escuchándole embobado.) ¡Cómo me interesa esa historia, y qué bien la contáis! ¡Continuad, conti...!

PRINC. (Impaciente.) ¿Qué dices? ¡Tú eres quien has de continuar, necio, puesto que me has revelado el desenlace de esa funesta aventura! ¿Te atreverías á ocultarme...?

PIPO. No señor, no. Voy á...

PRINC. Piensa que necesito la explicación del enigma.

PIPO. Del... (¡Quiere que acierte enigmas ahora!)

PRINC. Díme, ¿cuál ha sido la suerte de la inocente criatura, fruto de nuestro amor?

PIPO. ¿De la criatura? ¿Conque la suerte de...? (¡Ganas me dan de matarla también!) Pues señor...

PRINC. ¡Acaba! ¿Cuál es su sexo?

PIPO. (¡Aprieta!) Vamos á ver. ¿Qué sexo proferiríais vos que tuviese, eh?

PRINC. Poco me importa, con tal de que halle en sus ojos la vivacidad de los míos, mi sonrisa en la suya, y su naríz en la mía también.

PIPO. Pues no hay cosa más parecida.

PRINC. ¿De veras?

PIPO. Sí señor. La criatura es... macho. Y se os parece... (¿Qué diré yo?)

PRINC. ¡Un varón! ¡Ah! ¡Luego podré tener el placer de estrecharlo en mis brazos! (Se oye dentro la voz de Macarón.) ¡Cielos! ¡Viene gente! ¡Oculta á todo el mundo este secreto! ¡Si la Princesa lo supiera!...

PIPO. ¡Pierda Vuestra Alteza cuidado! (¡Uf! ya salí del apuro.)

ESCENA XIV

DICHOS; MACARÓN y LENA

MAC. (Entrando azorado.) ¡Es un horror! ¡Iré á quejarme á Su Alteza misma!

PRINC. ¿Qué ocurre?

MAC. ¡Ah, señor! Ocurre que al salir de la función, los nobles y los plebeyos, irritados por los discursos de *pulcinella*...

PIPO. (¡Otra!)

MAC. Que enaltecía el mérito y las virtudes de vuestro antiguo ministro, el marqués de Monterreal, han osado penetrar en la repostería... donde yo preparaba la magnífica cena destinada á vuestra boca... serenísima...

LENA. Y han derramado los vinos y roto la vajilla, gritando:

«¡Viva el Príncipe! ¡Viva Monterreal! ¡Abajo el Conde Capraní!»

PIPO. (¡Pues es una frioleral)

PRINC. ¡Desgraciado! ¡Tú eres causa de que en mi mismo palacio estalle una revolución contra...!

PIPO. (¡Sí, contra la cocina!)

PRINC. ¡Habla!

PIPO. Yo... (¡Pues no me faltaba más que esto!)

ESCENA XV

DICHOS; CAPRANI y ROCO

CAP. Perdonad, Príncipe; pero ya es tiempo de advertiros que ese hombre es un impostor, á quien es fuerza ahorcar, ó un hechicero á quien se debe quemar vivo.

PIPO. (¡Vaya unos medios suaves que se le ocurren á este Caifás!)

PRINC. (Admirado.) ¡Cómo! No entiendo... ¿Qué os hace suponer...?

ROCO. Hace poco, y cuando Vuestra Alteza estaba en el teatro viendo la función... este miserable estaba aquí sin embargo. Ya ve Vuestra Alteza que no podía estar en las dos partes, ó que...

PRINC. Veamos. ¿Qué tienes que responder á esto, desdichado?

PIPO. Tengo que responder que...

PRINC. / CAP. / ROCO. ¿Qué?

PIPO. Que me voy á mi casa.

CAP. ¡Alto ahí, malvado! Es fuerza que un duro escarmiento...

PIPO. ¡Cielos! ¡Conque va de veras! Pues bien; si necesitáis mi cabeza... me resigno. No la tendréis.

CAP. ¡Eso es lo que veremos, villano!

PIPO. Pues lo veremos, sí señor. Y puesto que lo falso de mi posición me arroja en este abismo... lo sabréis todo,

Alteza. Todo... empezando por deciros que yo tengo el mismo ingenio que vos, y que vos, y que...

ROCO. ¡Insolente!

PIPO. En fin, preguntádselo á maese Macarón, á Lena, preguntádselo á todo el mundo, y os dirán que yo soy un animal. Sí. ¡No temo los informes! ¡A Dios gracias, todo el mundo me conoce!

PRINC. ¡No me engañarás, hombre astuto!

PIPO. ¡Dale! ¡Conque no me es permitido ser tonto! ¡Esa es una tiranía! ¡Protesto! ¡Reclamo los derechos que me dió la naturaleza!

CAP. Señor, ¡mandad que lo conduzcan á un calabozo!

ESCENA XVI

DICHOS; ALFREDO, sin disfráz, pero con la careta en la mano.

ALF. ¡Detenéos!

TODOS. ¡Monterreal!

ALF. En tanto que no había para Pipo más que provecho, he podido ocultarme bajo esta máscara; pero cuando le amenaza el peligro, no vacilo en darme á conocer.

PRINC. ¡Monterreal! ¡El hijo de mi antiguo ministro!

LENA. ¡Qué oigo!

ALF. Sí, Monterreal, que, desterrado como su padre por una baja intriga de ese ambicioso Conde, y privado de entrar en palacio, no ha podido encontrar sino en el antiguo privilegio de los *pulcinellas* el medio de hacer oir á su Príncipe y al pueblo... la verdad riendo...

PRINC. (Bajo.) ¡Chito! Ya lo comprendo todo.

ROCO. (Bajo á Caprani.) (¡Estamos perdidos!)

PRINC. En cuanto á ese secreto...

ALF. (Bajo al Príncipe.) Lo he sabido por mi padre, y á nadie se lo he contado. ¡Hé aquí, señor, las pruebas de que mi padre fué inocente; hé aquí también los últimos consejos que os dirigió, y la carta de la pobre actríz, escrita por ella al morir, y en la cual os suplica veléis por su inocente hija!

PRINC. ¡Cielos! ¡Mi hija!

ALF. Sí; la modesta, la virtuosa Lena.

PRINC. ¡Qué escucho! ¡Ah!

LENA. (¡Cómo me mira!)

PRINC. Pero, ¿cómo conservarla á mi lado, sin que mi esposa...?

ALF. Casándola con alguno de vuestra corte. Yo la amo, señor, y...

PRINC. Basta. Déjame á mí... Señor Conde Caprani, os destierro fuera de mi reino...

PIPO. ¡Tómate esa!

CAP. Señor... ¡cómo...!

PIPO. ¡Chito!

PRINC. Y el Barón Roco os hará compañía.

ROCO. ¡Cielos!

PIPO. Os doy la enhorabuena.

PRINC. Lena, acercáos. (La abraza.) No saldréis nunca de palacio; y para ello... os casaréis con nuestro ingenioso *pulcinella*.

PIPO. (¡La casa conmigo!) ¡Ah, señor!

PRINC. A él elijo por mi único amigo.

PIPO. Su Alteza me honra...

PRINC. ¡Por mi único consejero!

PIPO. Su Alteza me saca de tino, y... ¡Yo consejero!... ¡Ah, señor!...

PRINC. Acercáos; yo mismo quiero uniros.

PIPO. (Se levanta la manga de su braze derecho y alarga la mano.) ¡Tanta longanimidad!

PRINC. ¿Eh? ¿Qué es lo que quieres tú?

PIPO. ¿Yo? Perdonad... Pero como su Alteza ha dicho que... la caso con nuestro ingenioso *pulcinella*...

PRINC. ¿Y bien?

PIPO. *Pulcinella* soy yo.

LENA. Si, pero ingenioso... es él.

PIPO. Conque... ¡Ah! sí; me he equivocado.

ALF. Te devuelvo tu careta.

PIPO. Pero... ¿y vuestro talento?

ALF. Te nombro primer bufón de su Alteza.

PIPO. ¡Cielos!

ALF. Jubilado con todo el sueldo.

PIPO. ¡Jubilado con todo el sueldo! ¡Esto es premiar las artes, y...! (De pronto al Príncipe.)
¿Yo soy el héroe, ó vos?

PRINC. Los dos.

PIPO. Y ahora á lo críticó vamos.

PRINC. Llegamos.

PIPO. ¿Y á quién toca el *se finí?*

PRINC. A tí.

PIPO. No importa.
(Coge de la mano al Príncipe, y se adelanta con él al proscenio.)
Venid aquí.
Público... por si te agrada,
pidiéndote una palmada,

PRINC. } los dos llegamos á tí. (A la vez.)
PIPO. }

FIN DEL DRAMA

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO

Aprobada y devuélvase.

Madrid 10 *de Diciembre de* 1850.

RAFAEL PÉREZ VENTO.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.